

¡Ah! acaso el haber permitido el Señor esos extremos que habeis manifestado en los placeres , ha sido para precaver vuestra tibieza en una nueva vida ; y en lo mismo que habeis hecho por el mundo ha querido que conozcais lo que sois capaces de hacer por él ; acaso el haberos entregado á toda la facilidad de vuestro corazon en los amores profanos , ha sido solamente para daros á conocer hasta qué punto puede amar vuestro corazon , y ha querido que hicieseis una funesta prueba de vuestro ardor en las pasiones , para que no pudieseis ignorar el fervor de que sois capaces en el bien y en la virtud.

¡Dios mio! Quando algun dia hagais patente en vuestro Divino Tribunal toda la vida de una alma christiana , pondreis á un lado sus años de iniquidad , y á otro los dias que ha pasado en la justificacion ; quando compareis al pecador con el penitente ; quando opongais las pasiones á las virtudes , los placeres á los trabajos , y la caridad al amor del mundo. ¡ Ah Señor ! ¡ qué pocas almas se hallarán á quienes no confunda este paralelo ! ¡ cuántas justicias defectuosas hallareis entonces , y á quantas almas , que antes habian estado engañadas , las direis aquellas terribles palabras : Habeis sido puestas en el peso , y se ha visto que no erais cabales : *Appensus in statera , inventus es minus habens.* (a) Si quereis evitar esta desgracia , Católicos , proponeos el exemplo de nuestra Santa Penitente : Pensad en que las falsas penitencias casi han de condenar á mas Christianos , que las culpas y los excesos ; amad mucho ; el amor es á quien hoy se concede la remision de los pecados , y á quien está prometida la recompensa de los Santos. Amen.

(a) Dan. 5. v. 27.

S E R M O N

PARA EL DIA DE S. BERNARDO.

Dilectus à Domino Deo suo renovavit imperium , & unxit Principes in gente sua ; in lege Domini congregationem judicavit , & in fide sua probatus est Propheta.

Fue amado de su Dios y Señor , dió un nuevo semblante á todo el estado , derramó una uncion santa sobre los Principes de su pueblo , presidió en las juntas de Israel ; decretó siempre segun la ley del Señor , y en su fé pareció un verdadero Prof. ta. *Este es el elogio que de Samuél hace el Espiritu Santo en el cap. 46. del Ecclesiastico , v. 16. y 17.*

ISraél infiel á su Dios , que le habia sacado de Egipto , habia mucho tiempo que era presa de las Naciones , y óprobio de sus vecinos : en él se hallaba tristemente desfigurada la disciplina de las costumbres ; la santidad de la ley estaba abatida , el culto del Señor despreciado , manchados los sacrificios , ó con la impiedad de los Sacerdotes , ó con la supersticion de los fieles : los hijos de Helí , Ministros del Santuario , convertian las funciones de su ministerio en ocasion de de ordenes : el arca santa no pronunciaba sus oráculos en Silo , sino que habiendo caído en poder de los Filisteos , habia estado en el templo de Dagón , y despues andaba indecentemente errante por los campos de Judea ; finalmente toda la hermosura de la hija de Sion estaba obscurecida ;

sus solemnidades y sus Sabados no eran ya mas que unos espectáculos lúgubres; no tenia quien la consolase; sus Profetas no la reprehendian su iniquidad para moverla á penitencia; é indignado el Señor habia hecho que se secase la abundancia de Israel, sin perdonar á las hermosuras de Jacob.

Este era el estado de la Synagoga, quando Dios, movido de los gemidos y calamidades de su pueblo, la suscitó á Samuél, aquel Profeta amado del cielo, que renovó el gobierno, que derramó un santo consuelo sobre los Principes de su nacion, y que juzgó en las juntas de Israel segun la ley: aquel Profeta que desde luego, baxo la direccion del gran Sacerdote Helí, invocó al Señor en el sosiego y retiro del Santuario; que consultado despues por todo el pueblo de Israel en Silo, cuya soledad habia escogido, se dexó ver á la frente del pueblo de Dios: fue conocido desde Dán hasta Bethsabé, compuso las diferencias de las Tribus, restableció el culto del Señor, y fue Censor de los Reyes y Principes del pueblo; y finalmente, que siendo depositario de la ley, fue hallado fiel en sus palabras, porque habia visto al Dios de la luz, confundió á Amalec, deshizo la insolencia de los Principes de Tyro, y de todos los Gefes de los Filisteos.

Católicos, ¿es esta historia, ó Profecía? ¿En qué puede consistir que el siglo de Samuél fuese tan semejante al de San Bernardo, y que aquel Profeta tan famoso y tan alabado en la Divina Escritura se pareciese tanto al Santo á quien hoy veneramos?

Jamás se habia visto afectada con tantas manchas y arrugas la esposa de Jesu-Christo como en aquellos tiempos de tinieblas y de disolucion, en que la providencia en sus eternos consejos habia determinado el nacimiento de este grande hombre; la fé estaba apagada entre los fieles, el culto desfigurado y lleno de supersticiones, el Clero, y aun los mismos Principes de los Sacerdotes estaban sepultados en la ignorancia y en el vicio; el vigor de la

dis-

disciplina Monastica se hallaba debilitado, y los mismos escogidos, si es lícito decirlo así, estaban á pique de dexarse llevar de la corriente, y de ceder al error comun. Pero, Señor, por ultimo os compadecisteis de tantas calamidades, y de unas llagas tan asquerosas; y se movieron á piedad vuestras misericordiosas entrañas: sacasteis de los tesoros de vuestras misericordias uno de aquellos grandes remedios con que siempre acudís á las extremas necesidades de vuestra Iglesia.

Nace San Bernardo, Samuél de su siglo: Pasó los primeros años de su vida en el sosiego y retiro del Santuario; allí le dais unas secretas é indubitables señales de vuestro amor. *Dilectus à Domino Deo suo.* Presto se derrama la fama de su nombre; de todas partes acuden á consultar al vidente, dexa la soledad y pasa á ser Legislador de las Tribus; renueva todo el semblante del estado; y los Principes se mueven con la suavidad, y gracia de sus palabras. *Renovavit imperium, & unxit Principes in gente sua.*

Finalmente; instruido por el mismo Dios de la luz confunde la heregía y el scisma, es árbitro en los Concilios, y preside á las juntas de Israel; y á pesar de los discursos de los insensatos, la grandeza de su fé hace que sea reconocido por un verdadero Profeta. *In lege Domini congregationem judicavit, & in fide sua inventus est Propheta.* Estas son las tres principales circunstancias de su vida, perfecto Religioso, hombre Apostólico, y Doctor siempre invencible, y esta es la idea mas propia para su elogio, que es la que me propongo. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Quando la providencia destina alguna criatura para gloriosas empresas, y quiere servirse de ella como de instrumento para sus mas nobles designios, la proporciona desde luego mil circunstancias favorables, que

S 2

que

que parece que solamente la casualidad pudo juntarlas; derrama en su alma los dones y las gracias, que son como la sagrada semilla de los prodigios que quiere obrar por su medio; y atenta siempre á los peligros que la rodean, fortifica desde luego su corazon con un muro de bronce, defiende su inocencia con un escudo de salud, lleva como por la mano sus pasiones desde su nacimiento, quando todavia están en estado de poder ser disciplinadas, y cultiva con infinitos cuidados el grano Evangelico que ha sembrado en ella, aquel grano que quiere levantar sobre todas las demás plantas, y cuyas santas ramas destina para que sirvan algun dia de asilo á los pajaros del cielo.

Pues este fue el orden que guardó la gracia con San Bernardo: recibió al tiempo de nacer aquella bondad de alma, y aquel candor natural, que es como pronóstico y diseño de la virtud: recibió unas inclinaciones benéficas, agrado y serenidad en el espiritu, un corazon tranquilo é inocente, y casi naturalmente opuesto al vicio y á los excesos. Los cuidados de la educacion ayudaron á estas felices esperanzas; los exemplos domesticos fueron para él lecciones de virtud; tuvo un padre justo y recto, que siempre había caminado con fidelidad en presencia del Señor; una madre afable y virtuosa, que nunca habia dividido su corazon, sino entre Jesu-Christo y su Esposo; y que lejos del mundo, y encerrada en el retiro de sus obligaciones, no procuraba mas que sacrificarse, como dice San Pablo, en medio de sus hijos, exortandolos á perseverar en la fé, en la caridad, en la santidad, y á que hiciesen una vida arreglada y digna de los Santos.

Estas fueron las primeras bendiciones con que previno el cielo á nuestro vaso de eleccion, destinado á llevar algun dia la palabra de vida á la presencia de los Principes y Reyes, de las naciones y de los hijos de Israel; logró la felicidad de no haber respirado, como otros muchos, un funesto olor de muerte, y de no haber hallado escollos para su inocencia en aquellos mismos de quienes

nes habia recibido la vida, particularmente en una edad en que tan facilmente cede el corazon á todas las impresiones. Porque ¡ó Dios! ¿dónde ha estudiado la mayor parte de nosotros la iniquidad, sino en el mal exemplo de nuestros padres? ¿En dónde se ha formado, ó por mejor decir, dónde ha crecido y se ha fortificado este hombre de pecado que tenemos dentro de nosotros, sino en la presencia de aquellos que debieran haber formado á Jesu-Christo en nuestros corazones? ¿De dónde han venido aquellas primeras impresiones tan funestas para nuestra alma, sino de la indiscrecion ó desorden de nuestros parientes? Y finalmente, ¿dónde hemos aprendido como Raquéel, á adorar los ídolos, sino en la misma casa de Labán?

San Bernardo, pues, entró en el mundo con unas disposiciones tan favorables: ¿Pero qué fuerza pueden tener los cuidados de la mas regular educacion en una edad, en que hallandose el corazon incapáz de precauciones, y dispuesto para todo, ve que por todas partes empiezan á nacer las pasiones? ¿Qué puede un buen natural contra el mal exemplo de la multitud, y contra los atractivos que acada paso le ofrece la iniquidad? Aarón adora el becerro de oro con el pueblo; Jonatás no puede escusarse de probar, á lo menos de paso, la fatal miel que halla en el camino.

Pero ya Bernardo se ocupa en estas reflexiones tan poco regulares en la juventud. Apenas mira al mundo, quando descubre en él los infinitos lazos, que no suelen verse sino despues de muchas reflexiones, ó hasta que nuestras mismas caídas nos abren los ojos. Ya habia pensado una mortal hermosura introducir en su corazon algunas centellas de pecado: ya, quebrantando el pacto que habia hecho con sus ojos, había dexado á su vista que se fixase en un objeto peligroso: pero, ¡ó poder de las tinieblas! aunque llegues á este punto, no podrás pasar mas adelante, y verás que tu furor y tu esperanza se deshace contra ese mismo objeto. Bernardo, como Leon mystico,

nunca tiene mas fuerza que quando se siente levemente herido; inmediatamente castiga su flaqueza, arrojandose á un estanque de agua helada: en este nuevo baño de penitencia apaga las encendidas saetas de Satanás; y como otro Jonás, sosiega la nueva tempestad que su infidelidad habia levantado en su corazon, arrojandose á las aguas. ¡Qué amor tan grande á la inocencia, el que no pudo sufrir ni un solo instante el peso de una leve transgresion! Pero, Católicos, en materia de peligros, lo pasado es poca seguridad para lo por venir; el mas justo no puede responder de la gracia, ni de sí mismo; hay doce horas en el dia, y no todas se parecen una á otra; la misma virtud se gasta, por decirlo asi, y se debilita con sus propias victorias; y nuestros felices sucesos, muchas veces no son mas que acciones del enemigo, que nos cede los primeros pasos para engañarnos y empeñarnos mas en la ocasion; no ignoraba esto San Bernardo, y persuadido á que quando se trata de la salvacion nunca pueden ser excesivas las precauciones, se fue á la soledad para buscar en ella la paz que no le podia dar el mundo, y se persuadió que el modo mas seguro de vencer al enemigo era el ocultarse de él.

¡Qué gloriosas fueron las circunstancias de este retiro! No fue nuestro Santo un penitente acobardado, que huye en presencia del enemigo, como vencido y lleno de heridas; fue un Moysés que no sale de Egipto para retirarse al desierto hasta despues de haber vencido á Faraón, y que aun en su retirada conserva toda la magestad de vencedor. Le parece poco sacudir él solo el yugo del Principe del siglo, si no pone tambien consigo en libertad á sus hermanos; no puede resolverse á dexar que sus parientes y amigos anden tristemente errantes por una tierra estraña, al mismo tiempo que él va á experimentar en el desierto lo suave que es el Señor.

¡A qué aspiramos, los dice como en otro tiempo aquel Cortesano de quien habla S. Agustin? (a); En qué

(a) S. Aug. lib. 8. Conf. cap. 6.

vendrán á parar por ultimo nuestras ideas y nuestras esperanzas? El favor del Principe es el mas alto punto que nos podemos prometer; pero cuántos peligros es preciso pasar antes de llegar á éste, que es el mayor de todos los peligros? Y por otra parte, ¿quánto tiempo durará? *Quamdiu istud erit?* Pero si quiero ser amigo de mi Dios, inmediatamente lo consigo. *Ecce nunc fio*, y este es un tesoro que no teme ni los gusanos, ni la polilla, ni la fatalidad de los tiempos, ni la envidia de los hombres. De este modo, seguido de sus hermanos, y de la mayor parte de sus amigos, como de otros tantos ilustres cautivos que sacaba del poder del Principe del siglo, sale del mundo cargado con estos gloriosos despojos; y como su Divino Maestro, librandose del imperio de la muerte, lleva tras de sí los Principados y Potestades, y los presenta en público triunfo á vista del universo. *Traduxit confidenter palam triumphans (a).*

¡Ah! Si los Angeles del cielo, en la misma morada de la Gloria, son capaces de nueva alegría por la conversion de un solo pecador, ¿quál sería la alegría de los Angeles del desierto, la de aquellos piadosos solitarios, que algun tiempo antes se habian ya retirado al Cister, al ver llegar á Bernardo á la frente de un tan florido exercito! El silencio, las vigiliass, los ayunos, y todo el rigor de la disciplina Monastica, que en otras partes se hallaba, ó relajada, ó extinguida del todo, se observaba en Cister sin mitigacion alguna; se hacía formidable aquella santa soledad á los Seglares que querian renunciar al mundo, y miraban aquella santa tierra como una tierra poblada de hombres extraordinarios, y que se tragaba á sus habitantes; pocas personas habia que se atreviesen á ir á experimentar un metodo de vida tanto mas áspero, quanto era menos conforme á las costumbres de un siglo, en que la relajacion era el gusto do-

(a) Colos. 2. v. 15.

dominante; aquella casta Sion se hallaba desierta y estéril, al mismo tiempo que otras esposas menos fieles se gloriaban con la multitud de sus hijos, y podía temerse que aquel piadoso asilo se llegase á arruinar por falta de sujetos. Esteban, Abad del Monasterio, venerable por su ancianidad, y por una virtud consumada, veía con dolor que estaba para perecer el fruto de sus trabajos; mil veces habia levantado sus manos puras al cielo, para pedir á Dios que multiplicase su pueblo, y esperaba con confianza el efecto de sus súplicas, quando llega á postarse á sus pies Bernardo, seguido de sus compañeros. ¡Qué lágrimas de alegría y de ternura caerían entonces de los ojos de aquel venerable anciano! ¡Quántas veces diría al Señor, como Simeon, que moría en paz, pues ya habian visto sus ojos la salud de Dios, y al que habia preparado para que fuese la luz de las naciones, y la gloria de Israel!

Los efectos acreditaron muy bien las esperanzas del Santo Abad: nuestro nuevo Solitario, habiendose despojado, con la ignominia del habito secular, de todas las reliquias del hombre viejo, no guarda medida en los excesos de su fé; desembarazado de sus cadenas, buela ácia el cielo, y casi se pierde de vista aun á los mas adelantados en la virtud.

Bernardo se dice todos los dias á sí mismo, ¿qué fue lo que veniste á buscar á la soledad? ¿Saliste del siglo para traer contigo sus cadenas? ¿Quieres tú, como otros, conservar baxo un habito austero y religioso, un corazón profano y poco mortificado? ¿*Ad quid venisti?* ¡Ah! Si para tu salvacion te parece segura una virtud suave y acomodada, ¿para qué fue salir del siglo, en donde la autoriza el error comun, y venir á este lugar de penitencia, en donde las mas puras luces, y los mas santos exemplos la condenan? Pues ved aquí, Católicos, vuestro modelo; vosotros, que despues de haber empezado con una conversion ruidosa, y con unas repentinas exterioridades

des de una virtud austera, aflojando poco á poco de aquel primer fervor, habeis llegado por ultimo á este estado dudoso de una virtud tibia y tranquila, la que aunque es verdad que sirve de freno á las pasiones mas abominables, no se priva de placer alguno, y tiene abandonada la fidelidad y la vigilancia. ¿*Ad quid venisti?* Hablaos vosotros, Catholicos, á vosotros mismos de este modo: ¿Qué fin es el mio, decid, quando me propongo una vida tibia é infiel? Si todavia me mueve el cuidado de mi salvacion, ¿por qué me he de contentar con una vida incierta y peligrosa? Y si quiero que mi primera fé se desvanezca del todo, ¿para qué es mortificarme en ciertos placeres, y conservar las reliquias de una virtud inutil? Si deseo salvarme, este metodo de vida es demasiado conforme á los sentidos; y si quiero perderme, tambien es demasiado penosa.

Con el socorro de estas piadosas reflexiones mantenía San Bernardo su fé, avivando continuamente en sí mismo la gracia de su vocacion; entretanto ¡ó Dios mio! Vos desde lo intimo de vuestro Santuario derramabais ya sobre este joven Samuél aquellas infinitas bendiciones que habian de formarle Profeta y Legislador de vuestro pueblo. Despues de San Benito nunca habian visto los claustros virtud mas consumada; y este era un feliz pronostico de la reforma de la regla de aquel gran Patriarca, relajada ya entonces en la mayor parte de los Monasterios del Occidente; porque siguiendo la miserable condicion de las cosas humanas, que siempre van perdiendo segun se van apartando de su raíz, habia decaido de aquel alto punto de fervor y austeridad en que se habia visto, hasta llegar á las mitigaciones, interpretaciones, y privilegios.

No obstante tener un cuerpo delicado, y una salud enferma, no habia mortificaciones que pudiesen satisfacer el amor que tenia nuestro Santo á la Cruz y á la penitencia. ¡Y qué mortificaciones, Catholicos! un perpetuo

tuo silencio, una rigurosa soledad, unas continuadas vigili-
gias, unos ayunos sin interrupcion, un sustento que en
vez de confortar al cuerpo le alteraba con su insipidez,
el mas aspero trabajo de manos, y un enlace de mil pe-
nosos ejercicios, que no dexan respirar al amor propio,
y que aunque mudan de objeto no hacen mas que mu-
dar de suplicio; rodeado de todo este aparato de peniten-
cia, todavia le parece demasiado ligera su Cruz, y cree,
como el Esposo, que se halla entre rosas y entre azuze-
nas; los Santos tiemblan de una sola culpa, aunque esté
expiada con toda una vida llena de penitencias; y noso-
tros nos persuadimos que con sola una accion de peniten-
cia hemos expiado toda una vida llena de pecados.

El retiro de San Bernardo y de sus compañeros al
Cistér, y la austeridad é inocencia de sus costumbres
esparcia ya á gran distancia un olor de vida, y muchas
peñonas acudian allí de todas partes, movidas de tan ex-
traordinarios exemplos. Creciendo el numero de los dis-
cipulos, y no cabiendo estos dentro del Cistér, fue pre-
ciso buscar una nueva tierra; dividióse este Santo pue-
blo, y San Bernardo, á la frente de una Tribu escogida,
se aparta, aunque con pesar, de un lugar en que todo le
acordaba la dulce memoria de los primeros favores que
habia recibido de su Divino Maestro, y fue á establecer-
se en Claravál, soledad entonces desconocida, pero que
despues se hizo mas famosa que las principales ciudades
de Judá, con la presencia de aquel que algun dia habia
de gobernar á Israel.

Elevado á la Dignidad de Abad de aquel Monaste-
rio, ¿qué exemplos de virtud no dió en este nuevo em-
pleo? En vez de afectar aquellas odiosas distinciones, y
aquellas vanas señales de autoridad que ponen tanta dis-
tancia entre los hijos y el Padre, nunca apeteció con mas
ansia los abatimientos; en vez de mirar su dignidad como
pretexto honroso para la mitigacion y el descanso, nunca
usó de mas rigor consigo mismo que entonces. ¡Quién
pu-

pudiera, Catholicos, contar aqui por menor los progres-
sos de la gracia en su alma! ¡aquel espiritu de oracion y
recogimiento! ¡aquellos inefables consuelos del Espiritu
Santo! ¡aquel estar universalmente muerto á sí mismo y
á todas las criaturas, y casi apagado el uso de sus senti-
dos! á fuerza de mortificar su gusto, ya casi no le ha-
bia quedado alguno para discernir las viandas. Los Israe-
litas en solo el Maná hallaban distintos sabores; pero
para Bernardo, los mas diversos manjares no tenian mas
que un mismo gusto; no se acordaba de haber visto aun
aquellos mismos objetos que tenia presentes delante de
sus ojos; su conversacion, que toda era en el cielo, fi-
jaba en él las operaciones de su alma; y puede decirse de
él, aunque en diferente sentido, lo que de los ídolos
dixo el Profeta, esto es, que tenia ojos, y no veía, ol-
fato, y no olía, boca y manos, y no usaba de ellas.

Entonces Dios concedió á sus ruegos la vocacion de
su Padre á Claravál, y su entero retiro del mundo: aquel
hombre tan feliz en su familia, y cuyos hijos, como los
de Jacob, habian de ser algun dia otros tantos Patriar-
cas, dexa el país de Canaán, y vá á buscar á su querido
hijo Joseph; adora su báculo pastoral, sagrada señal de
su poder, y lleno de dias duerme poco despues en el Se-
ñor en aquella tierra de Gessem, á vista de un hijo que
le habia engendrado en la fé y caridad.

De este modo, Catholicos, se hicieron los Santos
agradables á Dios; á todos los que honra la Iglesia como
á tales, los honra como á penitentes; en este punto no
tiene el espiritu de Dios diversos caminos, ni se puede
decir que obra diferentemente. Nosotros nos lisongeamos
de que habrá para nosotros un camino privilegiado, ¿nos
parece acaso que hemos de ser tratados mas favorable-
mente, porque somos mas culpados? Si los hijos del Pa-
dre celestial han bebido el Caliz amargo, ¿nos hemos de
persuadir á que para nosotros se le han de quitar los he-
ces y la amargura? Pero aun quando el reyno de los

cielos no fuera premio unicamente de la violencia ; podría serlo de la sensualidad? Aun quando pudieramos ser Santos sin penitencia, ¿podriamos serlo siguiendo los placeres? Esto fué nuestro nuevo Samuél en el recinto del Santuario ; fué amado de su Dios y Señor. *Dilectus à Domino Deo suo* : Demos ahora á su zelo los mas dilatados terminos , y le veremos renovar el semblante del estado, y derramar una suavidad de gracia sobre los Principes y pueblos. *Renovavit imperium, & unxit Principes in gente sua* ; y despues que la fé le habia hecho un religioso consumado , la caridad vá á hacerle un hombre Apostólico , que es el segundo punto.

SEGUNDA PARTE.

HAY diferentes dones en la Iglesia , como dice San Pablo , y estos dones están distribuidos entre los diversos miembros que la componen , segun la secreta disposición del espíritu que inspira en donde quiere. No todos son á un mismo tiempo Apóstoles, Profetas, y Doctores ; á cada uno se le ha dado una gracia particular segun la medida del don de Jesu-Christo ; algunos conservan en el sosiego del retiro una alma pura y sin mancha, que si se halláran en el siglo verian espirar su inocencia, y apagarse del todo su fé ; otros en el ministerio de la predicacion , y en las funciones del Apostolado , resplandecen como Astros en medio de una nacion corrompida y perversa , formando á Jesu-Christo en los corazones , los que en el desierto suspirarian por Egypto , y caerian en la tibieza y abatimiento ; otros son destinados á evangelizar á los sencillos é ignorantes , que temerian llevar el nombre del Señor delante de los Principes y Reyes de la tierra ; unos se ponen como muros de bronce en defensa de la casa de Israel , y resisten á las Potencias del siglo , los que no se atreverian á tocar á los ungidos del Señor , ni á contradecir á los Pontífices de la ley ;
otros

otros finalmente , que poseen el don de interpretar las Escrituras no tienen el de los milagros , de que pudieran valerse como de señal contra los infieles ; pero este orden que vos , ¡ó Dios mio! habeis establecido , no es para vos una ley tan general , pues hay ciertas almas sobre las que derramais á manos llenas, quando es vuestra voluntad, la variedad de vuestros dones , y á quienes comunicais vuestro espíritu sin medida.

El siglo de San Bernardo necesitaba de una alma de estas circunstancias. Las guerras civiles y extranjeras , y la ignorancia que siempre sigue á estas , habian esparcido por todo el estado no sé que ayre de libertad y barbarie , funesto siempre á la santa politica , y al candor de las christianas costumbres. La ambicion , el fausto , y aún otros vicios mucho mas enormes , se habian introducido hasta el Santuario , y habian convertido la casa del Señor en un lugar de ambicion , de ociosidad , y de escandalo ; los claustros ya no podian servir de asilo contra el contagio del siglo ; el pueblo de Dios que habitaba en aquella santa tierra , sin atender á la alianza de sus Padres , habia contrahido comercio con las naciones , y abrazado sus usos y costumbres ; las sabias leyes de sus fundadores solamente estaban escritas sobre tablas de piedra , se habian mezclado con ellas las tradiciones humanas , que arruinaban el espíritu ; aquellos aridos y sombríos desiertos , que se vieron convertidos en tierras por donde corria leche y miel , no eran ya lugares apartados , en donde los que se cansaban del mundo pudiesen ir de quando en quando á respirar el ayre libre de la virtud ; y aunque en otro tiempo habian sido ilustres por los Santos que los habitaron , no se veía ya en aquellas soledades mas que la magnificencia de los edificios , unos templos soberbios , inmensos dones y riquezas ; de modo que las piadosas liberalidades de los fieles , y su santa disminucion , por hablar con el Apostol , se habia convertido en excesos para un pueblo que antes era sencillo y desamparado.

¿Qué

¿Qué diluvio de iniquidades ocasionaron estos males en aquel tiempo, Catholicos? Es preciso confesarlo aqui; las lamparas de Israel no pueden apagarse sin que despidan un espeso humo, que esparciéndose por todas partes, tizne el resplandor y el oro del Tabernaculo. Nunca se doblan las columnas del Templo sin que se lleven tras sí todo lo restante del edificio; y para decirlo con claridad; los vicios del Clero, y de las personas consagradas á Dios son siempre como funestos estandartes del desorden que se levantan en los pueblos. *Signum in nationibus.* (a)

Para socorrer tan estremas y diversas necesidades sacasteis, Señor, un nuevo Moysés del desierto de Madián. Bernardo puesto en vuestras manos atemoriza á los Reyes y á los Reynos, reforma el tabernaculo, sirviéndole de modelo el que vos le mostrasteis en el monte; confunde á los Ministros murmuradores, asegura la suprema potestad del Pontifice que habiais establecido, destruye el Idolo que los hijos de Israel se habian ellos mismos fabricado, deshace á los enemigos de vuestro nombre, y hubiera llevado vuestras Tribus á la conquista de Jerusalem, si su ingratitude y sus excesos no hubieran sido causa de que Vos retiraseis de en medio de ellos vuestra fuerza y vuestro brazo.

¿Qué fervor, qué constancia, qué zelo el de nuestro Santo! Habia recibido de la naturaleza aquellos dotes de espíritu y de cuerpo, que parece destinan anticipadamente á los que están adornados de ellos para el ministerio de la divina palabra, pero que sin la gracia y vocacion del cielo no son mas que un metal que suena, ó una campana que hace ruido. Habia recibido un entendimiento vasto, el que sustentó con la leccion de los libros santos; un corazon compasivo, y con el que parece que habian nacido la afabilidad, y la misericordia; un exterior afable y mor-

(a) *Isai. 5. v. 26.*

mortificado, que disponia los corazones á la gracia, y cuya vista solamente infundia en el alma no sé qué gusto del don celestial, y de los bienes del siglo futuro.

Figuraos pues, Catholicos, á este nuevo Precursor que sale del desierto vestido pobremente, con la penitencia pintada sobre su rostro, procurando con sus conversaciones no agradar al pecador, sino que el pecador se desagradase de sí mismo; trabajando en disponer los caminos al Señor, y no en buscar su propia gloria; allanando, no la aspereza de la senda Evangelica, sino la de los corazones rebeldes, y predicando, no las abluciones faciles, y las ceremonias exteriores que solamente purifican por de fuera, sino introduciendo la segur hasta la raíz de las pasiones, y anunciando un bautismo de penitencia. Todos le miran como á Elías, ó como alguno de los Profetas; toda la Francia corre á oír aquella nueva doctrina: los pueblos movidos de las palabras de gracia y de virtud que salian de su boca, acuden á él para saber si el Señor es inmutable en su indignacion como en sus dones, y si podrán hallar medio de aplacarle. ¿Pero qué se podía esperar de un Ministro de Jesu-Christo, que lexos del mundo habia estado meditando tanto tiempo la ley de Dios en el silencio y en la oracion, y cuyo corazon, vacío de las criaturas, solamente estaba lleno de aquel espíritu que hablaba en él, y que con una confianza Apostolica podia decir á los fieles: imitadme á mí, como yo imito á Jesu-Christo? ¿Qué otra cosa podian esperar, vuelvo á decir, sino la renovacion de su siglo, y el que renaciese la fé y la virtud? Si nuestro ministerio no produce hoy el mismo efecto, no es porque el mundo esté mas corrompido, sino porque no es el mismo el fin de nuestros trabajos. ¿Es acaso el espíritu de Dios el que abre nuestras bocas, ó se mezcla algun respeto humano con nuestro zelo?

Entonces, Catholicos, empezaron á disiparse las tinieblas derramadas sobre el abismo: la Francia, como otro caos, se fue desenvolviendo poco á poco: los claustros vie-